

FELLINI - SATIRICON

El espacio, interior, asfixiante, sin un sólo horizonte. Los colores, enervantes, gritones. Los hombres, los rostros, los cuerpos, de una fealdad hasta la deformación física o de una excéntrica, inhumana hermosura; todo un cuadro de humanidad viciada, distorsionada.

Este fresco terrible se llama "El Satiricón", y su pintor —de la familia de los Bosco y los Goya— se llama Federico Fellini. Conocemos su lenguaje, de una portentosa riqueza imaginativa, de un subjetivismo preñado de autobiografía, de una poesía visual tan intensa, tan barroca, tan italiana. Sí; ya lo hemos acompañado al circo donde sus personajes, en una penumbra trágica, se balancean en la cuerda floja de la existencia humana, que es, según él mismo lo ha dicho, una línea que va del ángel a la bestia.

Viene de aquella fábula trágica: "La Strada"; de la inflexible dureza de "Las Noches de Cabiria"; de la burla profunda y audaz que es "La dulce Vita"; del "divertimento" sarcástico de "Boccaccio 70"; de la confesión, exuberante que es "Ocho y medio".

Un mito: la Roma decadente

"El Satiricón" intenta recrear el clima moral inmediatamente anterior al cristianismo. No obstante, es mucho más que un cuadro de la Roma decadente. Nada de reconstrucción "arqueológica"; Fellini apela al mundo del sueño y del mito para re-crear, más que el "estilo" de la antigüedad romana, lo que podría ser el inconsciente colectivo del hombre en un momento de su historia.

Para ello elabora un ancho mural de imágenes que son como la proyección mítica de un hombre, que no conoce los valores cristianos. El hombre de "El Satiricón" se pudre en un inmediatez sin trascendencia, en un presente sin historia, en un irrespirable materialismo, en un culto a lo sensible. Es el hombre que convierte en ídolos las fuerzas instintivas, que conoce y practica —sin primitivismo, antes al contrario, con refinamiento— todos los vicios.

"El Satiricón" es, entonces, un cuadro de naturaleza corrupta; una existencia culpable, pecadora, que no sabe de inocencia y que no es juvenil, sino marchita, exhausta, senil. Todos los elementos estéticos del film confluyen en crear este ambiente irrespirable: la na-

turalidad no aparece nunca pacífica, pura. Ni siquiera en la conocida secuencia donde los dos esposos suicidas despiden a sus hijos: único atisbo de paz e inocencia de todo el film, subrayado por los colores suaves, sedantes, y la presencia de los niños. Aun entonces todo transcurre distante y frío, entre la blanca inmovilidad de los mármoles. Las pocas escenas filmadas en exteriores nos muestran, igualmente, una naturaleza espectacularmente hostil e inhóspita: mares oscuros, grumosos; rocas extrañas; arenas desérticas. La luz jamás tonifica, sino que se cierra en desagradable penumbra o se abre en picante claridad de canícula. No es la naturaleza fraterna de Francisco de Asís, purificada, elemental, sino una presencia ajena y tumultuosa.

Un sonido de fondo molesto, ululante, quebrado en disonancia, y un pesado, inaguantable silencio, contribuyen aún más a desquiciarlo todo.

Esta naturaleza viciada, este hombre caído, es aquel que señalaba Pablo de Tarso cuando escribía a los cristianos de Roma: "... los entregó Dios a pasiones infames, pues sus mujeres invirtieron las relaciones naturales por otras contra la naturaleza; igualmente los hombres... llenos de toda injusticia, perversidad, codicia, maldad, henchidos de envidia, de homicidio, de contienda, de engaño, de malignidad...". Una naturaleza golpeada, que clama transformación radical, redención interior definitiva, sacudimiento profundo y total.

¿Se "justifica" El Satiricón?

¿Qué ha querido Fellini al presentarnos un cuadro tan vivo y tan dramático? Aparte del desagrado, del asco, de la repugnancia que puede sentirse y que de hecho se siente ante escenas duras, directas, que ilustran todos los vicios y que son de lo más crudo y molesto que se haya filmado, ¿qué nos deja Fellini con su moderno "Satiricón"? ¿Acaso una advertencia solemne, un señalamiento impresionante de lo que es el ser humano, cuando no asume el riesgo de ser hombre, de imponer espíritu al caos, de impulsarse más allá de sí mismo, cuando se apoltrona en una vida sin valores, sin deber, sin exigencia? ¿Ha querido Fellini, en el corazón del mundo actual, gritar un "alerta" angustioso?

Dudamos aún. Y, sin embargo, sería su única justificación moral y artística.

Algo está a punto de empezar; algo extraordinario y nuevo se prepara. Llegan en automóvil, en motocicleta, en autobús, como en una gigantesca procesión; llegan de todos los rincones, con la misma tímida sonrisa, el mismo aire infantil, la misma desgarrada vestimenta; llegan para juntarse, para confundirse, para transformarse en muchedumbre; llegan blancos, negros, hombres, mujeres, niños; es como la fundación de un pueblo; como si, repentinamente, una multitud quisiera reunirse, bajo el cielo, al aire libre, para celebrar una fiesta misteriosa. Algo, sí, está a punto de empezar.

Es "Woodstock", Festival, Película, Símbolo.

En la campiña, casi medio millón de jóvenes se congregan para realizar un festival de música "pop". Sentada sobre la hierba, durmiendo al raso o en carpas improvisadas, una compacta masa juvenil tiene tres días de encuentro y convivencia. Están allí integrantes de ese mundo "marginado", "sicológico", "beat", alucinado, explosivo, que engloba a buena parte de la juventud mundial. Vienen a estar juntos y a oír música, la misma música amorosa, apocalíptica, desequilibrada, que los expresa mejor aún que su característica indumentaria. Arlo Guthrie, Jimmy Hendrix, Joan Baez, otros muchos artistas jóvenes, cantan y tocan sus instrumentos y la multitud que los escucha sabe que ellos son su voz, sus intérpretes, los sacerdotes de una impresionante liturgia. Todo lo que esa gente quiere decir con su presencia está dicho, en sonido y movimiento, en ritmo y gesto, en palabra y grito, por los cantantes y los instrumentalistas.

Un film hecho de música

Entre aquellos muchachos y muchachas se mueve un equipo técnico de 40 personas, dirigido por un hombre con aspecto de "hippie": Michel Wadleigh. Ellos se han propuesto decir en imágenes el mismo mensaje, transmitir —ahora con encuadres, luz, movimientos de cámara, montaje— la misma enorme vivencia de aquellos tres días, comunicar filmicamente la vida interior del Festival, recreando en la pantalla aquello que fue Woodstock por dentro: calor de masa humana, borrachera de música al sol, atmósfera cerrada de evasión sicodélica, ceremonia musical.

Con la colaboración de Bob Maurice, como productor, y un conjunto de jóvenes cineastas, Wadleigh ha logrado hacer una película cuya trama la constituye la misma música del Festival. Cada canción es ambientada filmicamente en encuadre, luz y color; cada canción crea su propio ritmo de imágenes e impone las "tomas" que expresan mejor su contenido.

Es la misma música frenética, suspirante, tensa, eco del interior angustioso del joven moderno; la misma música impreg-

nante, sensual, de un lirismo dramático en la letra y un sacudimiento disonante en la forma; la misma música hija del "blues" y de la tradición del "gospel" negro norteamericano. Ella habla mejor que nadie de los sueños, los intereses, los temores, de esa juventud y la ayuda a crear, junto con las drogas y el juego sexual, ese clima mítico, desorbitante, primitivo, prerracional, que les agrada respirar.

Y... ¿qué es "Woodstock"?

El documental, como está, es realizado con simpatía; es honesto, pero no imparcial. Es el film de un "hippie", es decir, el testimonio que Michel Wadleigh quiere dejar de un acontecimiento con el cual él sintoniza profundamente. Somos invitados a contemplar "Woodstock", pero con los ojos de Wadleigh, que no son ojos serenos de reportaje.

Sin embargo, lo importante es que "Woodstock" no terminó con la convivencia de aquellos tres días; su continuidad la vemos expresada en las masas juveniles que acuden a ver "Woodstock" —la película—. Nosotros hemos vivido la experiencia de ver el film en una sala de cine llena de público joven. Y pudimos comprobar que los jóvenes justificaban su duración —tres horas—, se emocionaban con su música y respiraban el mismo ambiente cargado del Festival: olor a Norteamérica, color de flor sicodélica, sabor de palabra inglesa.

La película contribuye a trasladar este producto nuevo, importado de naciones poderosas, llamado el fenómeno "hippie", a realidades como la latinoamericana que viven una problemática radicalmente distinta.

En todo "hippie" existe esa manifiesta tendencia a evadirse de un mundo en donde se considera que ha llegado demasiado temprano a una realidad demasiado "vieja", "estúpida" y cerrada. Su postura es fruto de la angustiosa situación de las sociedades superdesarrolladas, donde el hombre es el engranaje de la maquinaria industrial y la vida ha perdido sentido, riesgo, poesía... ¿Cómo negar que en Latinoamérica esta clase de evasión es inhumana, y es necesario, ante un deseo de huida, el afrontar consciente la realidad que se palpa?

"Woodstock", lo mismo que un vulgar viaje de L.S.D., es un medio de evadir una circunstancia concreta que exige un compromiso costoso. "Woodstock", festival, película, en realidad nos es ajeno como símbolo.

Pero lo más difícil de hacer captar a una juventud harta de la aparente moralidad de nuestra sociedad es la profunda inmoralidad del fenómeno que esta película esconde detrás de su inofensiva fachada. Y, también, convencerla de que podemos ser hombres libres —sin la nueva y sutil esclavitud de la droga—, conscientes, responsables —sin evasión—, comprometidos, fraternales.

Después de los Bolivarianos

MEDALLA DE ORO PARA MARACAIBO

José Manuel Ríos, S.J.

El fuego bolivariano dejó de brillar —¡hasta Panamá!— en el pebetero del Estadio Olímpico de la capital zuliana. La ceremonia de clausura de los VI Juegos Bolivarianos revistió, junto a una sensación explicable de emotiva tristeza, la alegría, precisión y brillantez de la jornada de apertura

NUMEROSOS TRIUNFOS DE NUESTROS ATLETAS

Desde el momento en que el Presidente de la República había declarado inaugurados estos Juegos "con emoción bolivariana", un entusiasta y abigarrado público estuvo aplaudiendo los esfuerzos de un millar de atletas provenientes de las seis naciones liberadas por Bolívar. El Se compitió en franca hermandad deportiva, apenas empañada por algunos incidentes fuera de tono. El equipo representativo de Venezuela se esforzó más, si cabe, que los demás, poniendo en práctica el antiguo lema de los atletas griegos: **más alto, más fuerte, más rápido**. La cosecha impresionante de medallas de oro, plata y bronce constituye un elocuente testimonio. Como lo es también el haber triunfado en diez de las quince especialidades de los Juegos, con victorias indiscutibles en volibol, beisbol, pesas, boxeo y atletismo.

NECESIDAD DE UNA COMPLETA EVALUACION OBJETIVA

La organización de los Juegos estuvo lejos de ser perfecta. Pero por encima de las críticas, a veces no imparciales, de cierto sector de la prensa, su realización ha sido eficaz y de un alto nivel técnico y deportivo. Una evaluación objetiva y completa deberá dejar en claro y dar a la publicidad si hubo, como se ha afirmado, serias irregularidades en la numeración y distribución del boletaje de entrada a las competencias. Sería lamentable la comprobación de un supuesto boicot contra los Juegos declarado por las asociaciones deportivas del Zulia, como se nos ha informado de fuente digna de crédito.

RECONOCIMIENTO DE MERITOS

No hay, sin embargo, por qué regatearles méritos a aquellos a quienes se debe el éxito global de estos Juegos. El empeño patriótico del Presidente de la República fue secundado por una laboriosa y efec-

tiva coordinación de actividades en la que ha destacado el papel del Comité Organizador y del IND.

GRAN APORTACION DE LOS MARACAIBEROS

Pero la mención especial debe recaer sobre la ciudad de Maracaibo. En nuestro editorial del número anterior de esta revista señalábamos lo acertado de su escogencia como sede de los VI Juegos Bolivarianos. Maracaibo ha cumplido, y con creces. Un público entusiasta, proveniente no sólo de los últimos alrededores y barriadas de la ciudad, sino de los distritos vecinos, llenó, a veces hasta su máxima capacidad, los estadios, canchas y gimnasios, escenarios de los Juegos. "Maracaibo tenía hambre de una cosa así", nos decía un fervoroso zuliano. Al calor ambiental, tan propio del mes de agosto, los maracaiberos añadieron el calor de una estupenda y mil veces demostrada tradición deportiva y hospitalaria. El pueblo zuliano se merece, ciertamente, la primera Medalla de Oro de estos Bolivarianos.

BALANCE ALECCIONADOR

Queda por hacer un balance de los Juegos, con sus aspectos positivos y negativos. Para aprender, como se quiso aprender de la tan discutida actuación de nuestro país en los pasados Juegos Centroamericanos y del Caribe, escenificados en Panamá. Han sido denunciadas rivalidades entre las federaciones deportivas, así como entre éstas y el IND o el Comité Olímpico Venezolano. Hace falta, sin duda, una política más coherente en el Instituto Nacional de Deportes. Es verdad que en pocos años no se pueden remediar los defectos, vicios y omisiones acumulados en el pasado. Pero todos aspiramos a un mejor presupuesto para el deporte, a la construcción y mantenimiento de más y mejores canchas populares, al estímulo del deporte escolar, a la multiplicación de buenos entrenadores y, sobre todo, a una sana y eficiente administración en los cuadros responsables del deporte nacional.

Estaremos creando así las condiciones para lograr un pueblo fuerte y saludable. Tendremos una juventud más sana y mejor entretenida. Si así fuera, tendremos también razones para creer que el Fuego Bolivariano de Maracaibo no ha sido un mero Fuego Fatuo.